

canas de Malet, no cabe dudar que los realistas tomaron una parte importantísima en esta conspiración, de la que trataron de aprovecharse (1). Al llegar Napoleón á París habíase calmado ya la emoción producida por esta extraordinaria intentona, burlándose todos de la policía, que se había dejado engañar tan completamente, y de sus jefes, que se habían dejado prender con tanta facilidad; pero Napoleón conservó largo tiempo la profunda impresión de esta barrabasada, que probaba perfectamente la fragilidad de su sistema. El poder imperial no era nada, en efecto, separado de su personalidad; nadie había pensado en que, muerto él, había un Napoleón II, ni nadie se preocupó de las *Instituciones imperiales*.

Mientras tanto, la partida de Napoleón no tardó en producir consecuencias desastrosas en el ejército, pues Murat era incapaz de reemplazarle, y habiendo desaparecido el foco á donde todos convergían, el ejército concluyó por desorganizarse. La misma guardia, que marchando en primera línea, y aprovechándose de los recursos naturales que encontraba á su paso, había sufrido mucho menos que los demás cuerpos; la misma vieja guardia, no teniendo ya la misión de proteger al Emperador, se desbandó. El día 6 de Diciembre aumentó terriblemente el frío, cayendo helados los pájaros al suelo; los soldados se deslizaban sobre la nieve helada, arrastrándose á duras penas y cayendo para no levantarse más. El 9 de Diciembre, bajo un frío de 28 grados, los 40.000 hombres que aun sobrevivían se refugiaron en Vilna.

La vanguardia rusa llegó el 10 ante esta población, y á pesar de que Wrede, con 2.000 bávaros, resistió durante algunas horas, se vió obligado á retroceder y comenzó la derrota. Con un día más de tiempo, se hubiera salvado una gran parte del ejército; 20.000 hombres, con 300 oficiales y 7 generales, cayeron en poder de los Rusos. Algunos judíos, enriquecidos por el paso del ejército francés, se llevaron á sus casas á los heridos y enfermos, los desnudaron y les arrojaron, desnudos y moribundos, desde las ventanas á la calle, en donde otros

(1) La viuda de Guidal solicitó una pensión de Luis XVIII, presentando á su esposo como una víctima de su adhesión á la causa de los príncipes legítimos. Sobre esta extraña conspiración, que á pesar de contar con medios tan pobres estuvo á punto de derrocar un gran imperio, véanse la obra de E. Hamel y el artículo de Duruy (*Revue des Deux-Mondes*, 1.º de Febrero de 1879), así como la *Última conspiración de Burrás*, de P. Bosq.

judíos concluyeron de rematar á patadas á los vencedores de Europa. De este modo trataban de hacer olvidar á los Rusos el recibimiento que habían hecho á los Franceses victoriosos.

El ejército francés llegó á Kowno, en la frontera, el día 13, llevando únicamente 1.000 soldados armados, 9 cañones y 20.000 rezagados, que eran aún reclutas que no habían llegado á disparar un tiro. El Grande Ejército contaba únicamente en este momento con dos reyes, un príncipe, ocho mariscales (1) y algunos centenares de soldados de la vieja guardia, mezclados con estos generales sin ejército. Murat huyó hacia Gumbinnen; Ney, por quinta vez, formó una retaguardia con 700 hombres, que le abandonaron el 14 al atacar los Rusos á Kowno. Entonces reunió sus fusiles, cargados todavía é hizo cara al enemigo, dando así tiempo á Heymes y Gerard para que reuniesen unos 30 soldados y colocasen en batería dos ó tres piezas de artillería ligera, con cuyo auxilio Ney se sostuvo hasta la noche en la puerta que mira hacia Vilna: «Sosteniendo hasta el último momento el honor de las armas francesas, sacrificando por última vez, después de cuarenta días y cuarenta noches, su vida y su libertad para salvar algunos franceses más, fué el último del Grande Ejército en salir de aquella fatal Rusia, mostrando al mundo la impotencia de la adversidad contra los grandes caracteres.»

Llegaron por fin á Königsberg, donde los Alemanes, al ver los restos del Grande Ejército, pudieron fácilmente apreciar toda la extensión del desastre experimentado, preparándose ya para aprovecharse de él. Pronto resultaron insuficientes los hospitales para contener á los enfermos; el termómetro, durante una noche, subió de pronto veinte grados, produciendo este brusco cambio un aumento extraordinario en la mortalidad. Larrey, que durante toda la campaña había sido la admiración del ejército por su estoicismo para so-

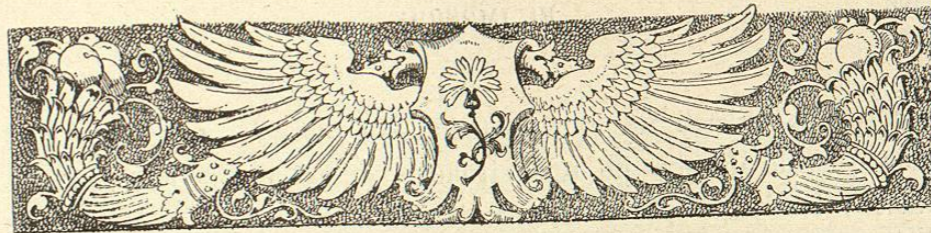
(1) Murat, rey de Nápoles, y Eugenio, virrey de Italia; Berthier, príncipe de Neufchatel; Ney, Oudinot, Victor, Macdonald, Davout, Gouvion Saint-Cyr, Bessieres y Lefebvre. Tschuykewitz, coronel de estado mayor del ejército ruso, en sus *Reflexiones sobre la campaña de 1812*, fija las pérdidas de los Franceses, según un detenido estudio de los documentos más fehacientes, en la siguiente forma: 135.635 muertos, 21.464 prisioneros, entre ellos 49 generales y 4.068 oficiales superiores ó subalternos. Quedaron además en poder del enemigo 75 banderas, 797 cañones y 1.846 furgones. Los cuadros de que hemos tomado estas cifras se han publicado como apéndice al libro de G. Bertin, citado anteriormente.



portar sus propios sufrimientos y su infatigable caridad para aliviar los ajenos, demostró en los hospitales de Königsberg el celo que le caracterizaba y estuvo á punto de morir á causa de la epidemia reinante. Menos afortunado el general Lariboisiere, comandante en jefe de la artillería, que por sus virtudes merecía ser comparado con él, sucumbió al rigor del azote; estaba inconsolable desde la muerte de su joven hijo, distinguido oficial de caballería muerto en el Moskowa; así es que el sentimiento paternal y la tristeza del patriota aceleraron su muerte. Le sucedió el general Eblé, que murió también pocos días después; de los cien pontoneros que á sus órdenes entraron en el Beresina, quedaban sólo doce.

El Grande Ejército no existía ya, y el poder de Napoleón había recibido un golpe del que no debía rehacerse. Sin embargo, la apasionada imaginación de los Eslavos se entusiasmó con el que tantos males les había causado, viendo en él de una manera más ó menos vaga al representante de los principios de igualdad y de democracia. Entre las sectas religiosas de Rusia se formó una bajo la advocación de Napoleón, en quien sus adeptos creían ver una encarnación de Cristo, negándose á creer en la muerte de Napoleón, que se había ocultado, según decían, en un lugar de Siberia, de las inmediaciones de Irkoutsk, y que debía volver para reconquistar el mundo. Al conceder Alejandro II la emancipación á los siervos, hubo muchos rusos que pensaron y que dijeron que la gloria de esta medida tan acertada correspondía á Napoleón, pues según su opinión éste invadió la Moscovia en 1812 para obligar al Czar á emancipar á los siervos y no se había retirado hasta obtener la promesa de esta emancipación; y que tardándose en cumplir esta promesa, Napoleón había vuelto al mundo en 1855 y había obligado al Czar á cumplir el pacto (1).

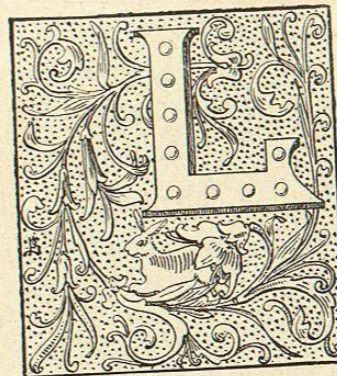
(1) Véanse las obras citadas por Rapetti en la *Biografía general*; con más facilidad se comprende que el nombre de Napoleón se haya hecho popular en Polonia y convertido en objeto de verdadero culto. Véase *La Iglesia y la Messia*, de Adam Mickiewicz. Sobre este culto napoleónico tan singular, que recuerda las creencias de los Portugueses respecto á Don Sebastián, véase también Heptworth Dixon: *La Rusia libre*. Algunos franceses que se quedaron en Rusia á causa de la guerra, se establecieron en aquel país, entre ellos un herido de Smolensko llamado Cui, que llegó á ser profesor de gimnasia en Vilna y padre del general ruso de este nombre, quien se distinguió á la vez como estratégico y músico, componiendo, entre otras, la ópera *Angelo* y contando entre sus discípulos á Skobelet, quien le consultó antes de emprender su famosa campaña de los Balkanes.



### CAPÍTULO XIII

### CAMPAÑA DE SAJONIA

LA JUVENTUD ALEMANA Y LOS QUINTOS DE 1813. — LUTZEN Y BAUTZEN. — METTERNICH Y LA INTERVENCIÓN AUSTRIACA. — DRESDE. — VITORIA. — LEIPZIG.



A retirada de los Franceses no terminó en el Niemen, pues Wittgenstein trató de cortar á Macdonald el camino de Alemania, dirigiéndose hacia Gumbinnen. El general York, que mandaba los 20.000 prusianos auxiliares que constituían el principal núcleo del cuerpo de Macdonald, firmó en 3 de Diciembre un convenio con los Rusos, en virtud del cual las tropas prusianas debían acantonarse en su frontera, permaneciendo neutrales durante dos meses. « Los Prusianos esperaban sólo una ocasión para romper su forzada alianza; aprovecharonla, pues, no pudiendo resolverse á ayudar á su vencedor para rechazar del suelo patrio á aquellos que se presentaban como libertadores, pero trataron de conciliar el patriotismo con el honor militar. Esto fué una defección, pero no una traición, negándose á entregar Macdonald á los Rusos, y ni siquiera le abandonaron hasta que estuvo en completa seguridad. Los generales York y Massenbach le escribieron explicándole su conducta, excu-